

Octavio Paz en Valencia

Jorge Volpi

La presencia de Octavio Paz en el Congreso de escritores antifascistas durante la Guerra Civil Española acercó al poeta mexicano a los de la Generación del 27. Jorge Volpi reconstruye las complicidades entre la obra de Paz y la literatura hispánica.

A lo largo de toda su vida, la relación de Octavio Paz con España fue intensa y fecunda. Su madre —a la que afectuosamente llamaba Pepita— era española, por lo cual su contacto con la península ibérica se inició prácticamente desde su nacimiento. Sin embargo, no es sino hasta 1936 cuando el poeta de veintidós años —nació el 31 de marzo de 1914— demuestra públicamente su interés y su afecto hacia esta nación. A sólo dos meses de iniciada la insurrección franquista, Paz escribe un poema, titulado justamente “¡No pasarán!”, como una muestra de su apoyo a la República:

No pasarán.
Amigos, camaradas,
Que no roce la muerte otros labios,
Que otros árboles dulces no se sequen,
Que otros tiernos latidos no se apaguen,
Que no pasen, hermanos.

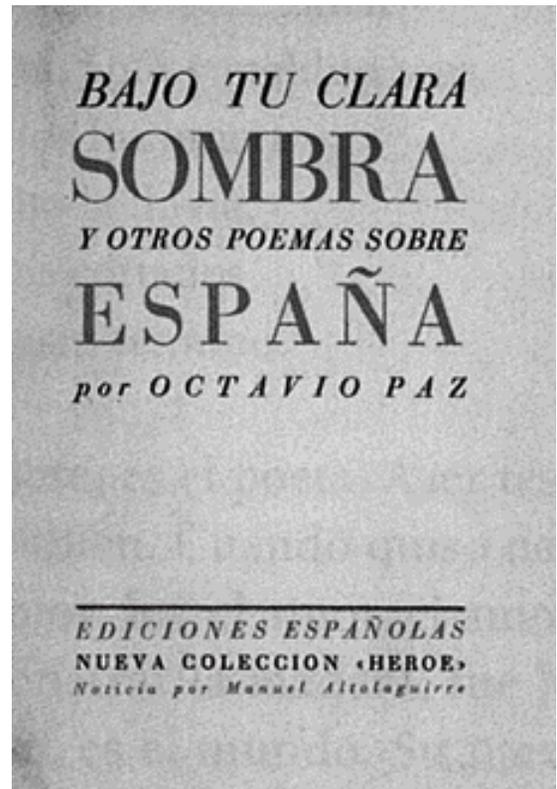
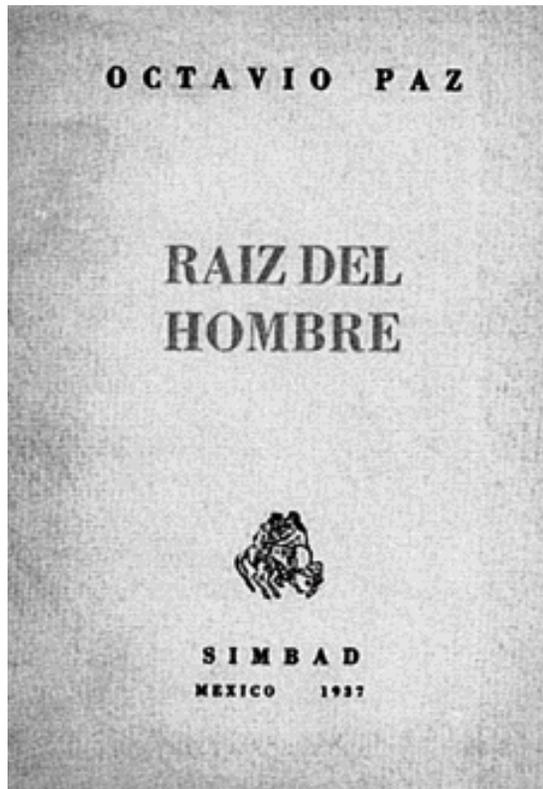
En *Itinerario*, Paz añade:

Seguimos, como si fuese nuestra, la lucha de la República, la visita de Alberti a México en 1934, enardeció todavía más nuestros ánimos. Para nosotros la guerra de España fue la conjunción de una España abierta al exterior con el universalismo, encarnado en el movimiento comunista. Por

primera vez la tradición hispánica no era un obstáculo, sino un camino a la modernidad.

Publicado como *plaquette*, el poema le granjea la admiración de sus camaradas y el beneplácito del régimen cardenista. Por si fuera poco, Paz decide que las ganancias obtenidas por la edición sean donadas al Frente Popular Español “en prenda de simpatía y adhesión para el pueblo de España en la lucha desigual y heroica que sostiene”. Este gesto convierte a Paz en la figura visible de la nueva generación de poetas mexicanos comprometida, como él, con la causa republicana. Tanto es su éxito que llega a ser publicado en cuatro ocasiones: además de la *plaquette*, editada por Simbad, se reproduce en *El Nacional* (4 de octubre), *Repertorio americano* (31 de octubre) y la edición española de *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España* (1937).

“¡No pasarán!” demuestra su capacidad para escribir poesía comprometida en contra de quienes, en el Partido Comunista (PC) y la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), lo acusan de purista. Fundada en 1933, la LEAR es una especie de sindicato de trabajadores de la cultura, dependiente del PC, encargado de auspiciar actividades literarias. La relación de Paz con esta agrupación es conflictiva. Si bien nunca pertenece a ella —no existe ninguna prueba de su filiación a pesar de que al-



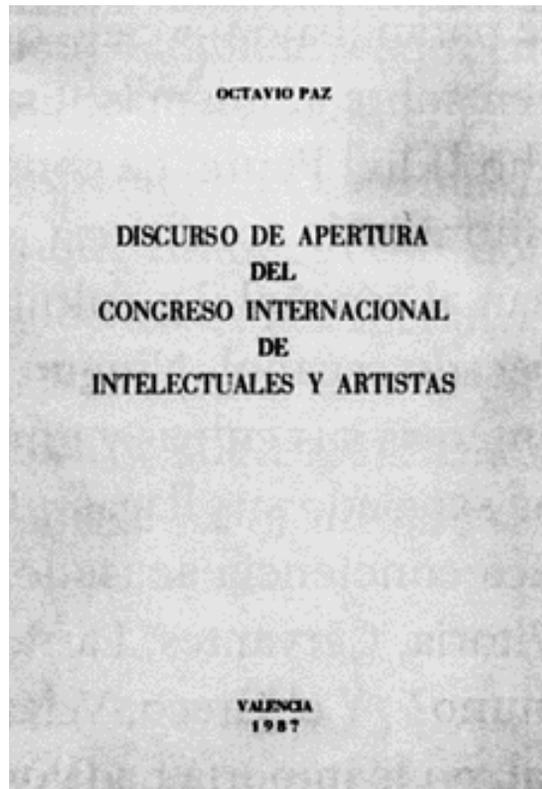
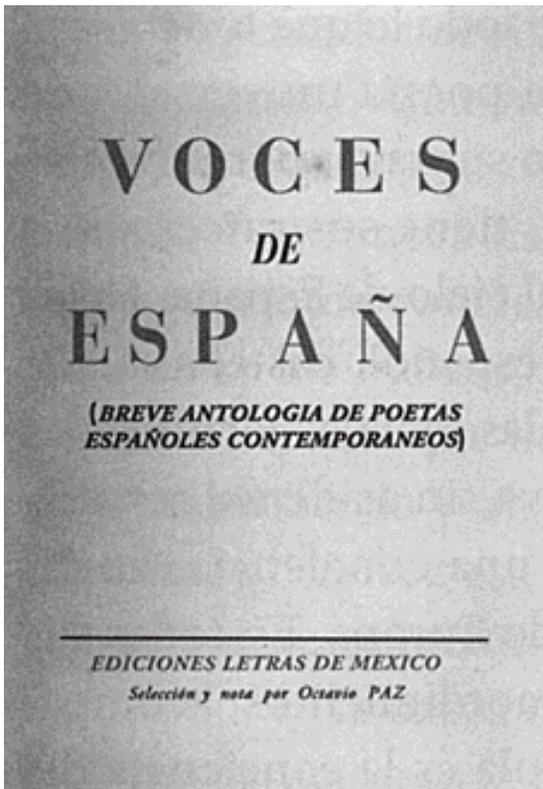
gunos artículos periodísticos, promovidos por la propia LEAR, lo muestran como uno de sus miembros—, tampoco puede mantenerse al margen de su influencia. En *Itinerario* ha escrito: “Si su actitud me parecía deplorable, la retórica de sus poetas y escritores me repugnaba. Desde el principio me negué a aceptar la jurisdicción del Partido Comunista y sus jerarcas en materia de arte y literatura”.

Harto del dogmatismo de sus compañeros de ruta, Paz decide abandonar la Ciudad de México para tratar de llevar sus ideas a la práctica. Para lograrlo, se alista a trabajar en una de las escuelas rurales fundadas por Cárdenas en la zona henequenera de Yucatán. Ahí funda un Comité pro-Democracia Española y escribe incansablemente. A principios de año sale a la luz su libro *Ratz del hombre*, el primero que le gana la atención de la crítica. Cierta día, en el momento en que pasea por el Juego de Pelota, “en cuya perfecta simetría el universo parece reposar entre dos muros paralelos”, un mensajero lo detiene para entregarle un telegrama urgente. En él, una amiga suya, Elena Garro, le explica que debe tomar el primer avión disponible hacia la Ciudad de México, ya que ha sido invitado al Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que habrá de celebrarse en Valencia. Paz confiesa:

El mundo dio un vuelco. Sentí que, sin dejar de estar en el tiempo petrificado de los mayas, estaba también en el

centro de la actualidad más viva e incandescente. Instante vertiginoso: estaba plantado en el punto de intersección de los tiempos y dos espacios. Visión relampagueante: vi mi destino suspendido en el aire de esa manera transparente como la pelota mágica que, hacía quinientos años, saltaba en ese mismo recinto, fruto de vida y de muerte en el juego ritual de los antiguos mexicanos.

Dos años antes, en 1935, se había celebrado en París el Primer Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura con un éxito clamoroso. Meses después tuvo lugar otra reunión y, en junio de 1936, otra más en Londres. Ahí se acordó que el siguiente Congreso debía celebrarse en Madrid, donde un gobierno del Frente Popular enfrentaba la rebelión del general Francisco Franco. Los intelectuales de izquierda querían demostrar su apoyo al gobierno republicano mediante la celebración del Congreso en su territorio. André Malraux, uno de los escritores de mayor influencia en aquellos años, incluso se había dirigido a España, donde comandaba una escuadrilla de aviones. Aunque excesiva, esta actitud ejemplificaba la de los intelectuales revolucionarios de la época. En España parecía jugarse el destino del mundo. En una especie de cruzada, decenas de escritores y artistas se alistaron también en las filas republicanas. En junio de 1937 se acordó que, en vez de en Madrid, sitiada por los franquistas, el Congreso fuese inaugurado en Valencia, capital de guerra de la República. Los trabajos se iniciarían



en esa ciudad el 4 de julio, bajo la presidencia de Juan Negrín, jefe del Gobierno, con la asistencia de unos doscientos escritores provenientes de veintiocho países.

La historia de la invitación formulada a Paz tiene, sin embargo, sus recovecos. El novelista Rubén Salazar Mallén —quien más tarde se convirtió en simpatizante del fascismo— acusa a Paz de escribir “¡No pasarán!” con el único objetivo de asistir al Congreso. Ya en España, Paz le responde “Cuando Publiqué ‘¡No pasarán!’”, no lo hice con ánimo venal y servil, y hasta la fecha no he obtenido, ni pretendido, ventaja material o espiritual de gobiernos, organizaciones o personas...”. Salazar Mallén repone que Paz cree que su mérito poético lo ha llevado al Congreso, pero en realidad fue por “¡No pasarán!”, “esa pobre cosa demagógica, sin valor poético”.

En una entrevista concedida más tarde a Luis Cardoza y Aragón, entonces coordinador de la sección de cultura de *El Nacional*, Paz afirmó que había sido invitado al Congreso gracias a Pablo Neruda, quien lo conocía a través del libro *Ratíz del hombre*, que el propio Paz le había enviado. En sus memorias, *Confieso que he vivido*, Neruda recuerda haber recibido el libro y haberle parecido que contenía un “germen verdadero”. Paz recuerda:

Cuatro o cinco días después estaba de regreso en México. Allí me enteré de la razón del telegrama: la invitación había llegado oportunamente hacía más de un mes, pero el encargado de estos asuntos de la LEAR, un escritor cu-

bano que había sido mi profesor en la Facultad de Letras (Juan Marinello), había decidido transmitirla por la vía marítima. Así cumplía el encargo pero lo anulaba: la invitación llegaría un mes después, demasiado tarde. El poeta Efraín Huerta se enteró, por una indiscreción de una secretaria, se lo dijo a Elena Garro y ella me envió el telegrama. Al llegar a México me enteré de que también había sido invitado el poeta Carlos Pellicer. Tampoco había recibido el mensaje. Le informé de lo que nos ocurría, nos presentamos en las oficinas de la LEAR, nos dieron una vaga explicación, fingimos aceptarla y todo se arregló.

La organización de la delegación mexicana resultó problemática desde el principio. La LEAR era la encargada de formular las invitaciones. Pero Neruda, a la sazón uno de los encargados de la presencia hispanoamericana en el Congreso, al lado del español Arturo Serrado Plaja, consideraba que los escritores que militaban en la Liga no eran representativos de las letras mexicanas. Por ello, insistió en que se invitara a Carlos Pellicer a pesar de que éste siempre había manifestado su desprecio por los “learistas”. Según Salazar Mallén, la LEAR aceptó la participación de Pellicer, pero no sin antes someterlo a una prueba —muy parecida a las que soportaba Gide en esos mismos años—: presidir una sesión de la Liga y prestarle su nombre. Por fin, después de numerosas batallas y reconciliaciones, quedó establecida la delegación mexicana: a Paz y Pellicer se les sumaría José Mancisidor, quien

sí era miembro de la LEAR. Además, un grupo de espontáneos también se dispuso a viajar a España: Juan de la Cabada, Silvestre Revueltas, Fernando Gamboa, José Chávez Morado y María Luisa Vera. A Gamboa lo acompañaría su esposa, Susana Steel, y a Paz, Elena Garro, con quien acababa de casarse.

Los participantes toman distintos itinerarios. Viajan juntos, en autobús, hasta Nueva York, pero ahí Mancisidor, Pellicer, Paz y Garro se trasladan a Québec, para tomar un barco a Cherburgo. Llegan a París el primero de julio, dispuestos a emprender el trayecto hacia España. Las peripecias del viaje, con sus visitas al frente, las disputas cotidianas y el deslumbramiento frente a la guerra y la barbarie son descritas, con numerosos errores y omisiones, en las *Memorias de España* de Elena Garro. En ellas, Paz es voluble y a veces violento, siempre comprometido, cauteloso defensor del comunismo, ante el cual la autora no puede sino callar. La imagen de la joven Elena —que entonces tiene veinte años, aunque ella asegura tener diecisiete— parece aún menos realista. Se retrata como una adolescente burguesa sin conciencia de lo que sucede en España, carente de toda preparación ideológica, a pesar de que Paz ha desmentido repetidamente este punto. Todo el tiempo refleja su miedo, su curiosidad, su *naïveté*, y a cada instante es reprendida por Paz, deseoso de parecer maduro: “¡No sé por qué te traje!”, le habría dicho el poeta. Y ella puntualiza en la distancia: “¡Yo tampoco lo sabía, ni lo sé hasta el día de hoy!”.

En tren, Paz y Garro llegaron a Barcelona y, al día siguiente, a Valencia. Durante una paella que el jefe de Gobierno Juan Negrín ofrece a los intelectuales, un joven se acerca a recibirlos: Arturo Serrano Plaja, poeta perteneciente al grupo de *Hora de España*, quien se encarga de conducir a la pareja a la sesión de apertura del Congreso. Durante las primeras sesiones en Valencia toman la palabra, además de Negrín, Alexei Tolstoi, Mijail Koltsov y Gustav Regler, ovacionado por haber sido herido en el frente. El crítico francés Julian Benda declara que “el intelectual está perfectamente en su papel saliendo de su torre de marfil para defender contra el bárbaro los derechos de la justicia”, mientras el español Julio Álvarez del Vayo afirma: “Somos combatientes de la cultura”.

El 6 de julio, el Congreso se traslada a Madrid. Durante la estancia de los delegados en la ciudad, los franquistas la bombardean cada noche, mientras ellos cantan “Madrid, qué bien resistes”. A las cinco de la tarde, en medio de una sesión, se lee un telegrama que anuncia el triunfo de los republicanos en el frente de Madrid. El general José Miaja, responsable de la maniobra, es nombrado presidente honorario del Congreso. El día 10 los trabajos regresan a Valencia. Ahí uno de los oradores es el escritor francés André Chamson, de la revista *Vendredi*. Dice: “Quisiera tener las fuerzas para llevar un testimonio tan clamoroso que mañana en las ciudades que se

encuentran todavía seguras, en París, en Londres y en Nueva York, cada vez que se levantara el alba, a la hora en que se desencadenan las incursiones de los aviones sobre Madrid, no haya mujer, no haya un hombre que no sienta angustia en el fondo de su corazón”.

La clausura tiene lugar en París, el 16 y 17 de julio, en el Teatro de la Porte Saint-Martin, con la presidencia de Heinrich Mann y Louis Aragon. En su discurso, Aragon habla a favor del realismo socialista y de la necesidad de que los escritores se convirtieran en “ingenieros de almas”. En la última sesión se acuerda declarar al fascismo como el mayor enemigo de la cultura.

Uno de los temas que, sin estar en la agenda del Congreso, más revuelo causa entre sus miembros es el escándalo provocado por un pequeño librito de André Gide que acaba de aparecer, titulado *Retour de l'URSS*. Hacia apenas unos años Gide por fin se había decidido a abrazar el comunismo y, en 1935, había sido uno de los presidentes del Primer Congreso. En junio de 1936 Gide partió, como muchos peregrinos de la época, hacia la URSS. Había decidido defender a la Unión Soviética de los ataques de sus enemigos, y esperaba encontrar una sociedad próspera y justa. No ocurrió así. La represión estalinista no pudo serle ocultada por completo. De nuevo en Francia, Gide consideró que era su deber escribir sobre su decepción. A partir de la publicación de *Retour de l'URSS*, en noviembre de 1936, Gide se convirtió en víctima del ataque de los intelectuales comunistas que antes lo habían ensalzado.

El Congreso es, inevitablemente, un lugar incomparable para condenar al traidor. En esta ocasión, a diferencia de 1935, su nombre no aparece en ningún lado. Los delegados soviéticos encabezados por Mijail Koltsov, lo acusan sin tregua. Lo mismo hace, con singular vehemencia, José Bergamín en nombre de los delegados españoles e hispanoamericanos: “Cuando un libro que se dice crítico y es injurioso ataca al pueblo ruso, ataca incluso detalladamente a los escritores soviéticos, nosotros, los escritores españoles, rechazamos todo lo que sea crear enemistad con el pueblo ruso, con los escritores soviéticos”. Paz ha escrito:

En Valencia y en Madrid fui testigo importante de la condenación de André Gide. Se le acusó de ser enemigo del pueblo español, a pesar de que desde el principio del conflicto se había declarado fervoroso partidario de la causa republicana (...). No fui el único en reprobar esos ataques, aunque muy pocos se atrevieron a expresar en público su inconformidad.

Años más tarde, en el prólogo al libro de Alberto Ruy Sánchez *Tristeza de la verdad*, Paz refiere con mayor detalle la condena a Gide:

En el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura, en España, en 1937, me tocó ser tes-

tigo de la reacción religiosa —o, más exactamente, inquisitorial— de los escritores comunistas y de sus aliados ante las críticas más bien suaves que había hecho Gide de la realidad soviética. Confieso que a mí, como a otros amigos de esos días —Gil-Albert, Altolaguirre, Cernuda, Pellicer, María Zambrano y el mismo Serrano Haja—, nos indignó y entristeció la saña de los acusadores de Gide pero ninguno de nosotros se atrevió a contradecirlos en público.

Y luego:

Entre todos los discursos destacó el de José Bergamín, leído con voz apagada pero claramente audible. Habló con doble autoridad de escritor español y católico. Sus palabras fueron una condenación total. La fría violencia de su escrito y la perversidad de sus razonamientos ofrecían una curiosa correspondencia con las exaltadas alabanzas que habían dedicado a Gide dos años antes.

José Mancisidor también intentó hablar contra Gide pero, según Elena Garro, André Malraux llegó a decir: “Si el imbécil de Mancisidor lleva esa acusación contra Gide, me retiro del Congreso”.

La participación de Paz en el Congreso es poco espectacular pero intensa, de una “vigorosa marginalidad”, en palabras de Santí. A diferencia de Pellicer y Mancisidor, no tiene una ponencia individual, lo que al parecer de este estudio muestra su juventud y su relativa marginalidad en la delegación mexicana, debida a que ha sido acusado de trotskista. Paz se limita a asistir a los eventos oficiales y actos paralelos, lee su obra y la de otros poetas mexicanos, imparte algunas conferencias y visita el frente de combate.

De lo escrito por Paz entonces han llegado a nosotros tres artículos, dos publicados en México, en *El Nacional*, y uno en la primera plana de *El Mono Azul*. A estos textos se suma una conferencia inédita, recopilada por Santí en *Primeras letras*, pronunciada por Paz durante una semana dedicada a México entre el 17 y el 23 de agosto de 1937, patrocinada por la alianza de intelectuales de Valencia, en el Ateneo Popular de esa ciudad. Todos estos textos son prosas de circunstancia, aunque en algunos momentos es posible reconocer algunas de las ideas que preocuparon a Paz en los años venideros. En el Ateneo Valenciano, con motivo de la inauguración de una exposición de grabados mexicanos, Paz pronuncia unas palabras recogidas por *El Nacional* el 23 de noviembre:

Hace apenas unos meses vivía en Mérida, en Yucatán. En esa ciudad mexicana de raíces tan españolas los jóvenes antifascistas habíamos fundado un Comité pro-Democracia Española; en ese comité había representantes de todas las capas populares de la provincia: obreros, intelectuales,



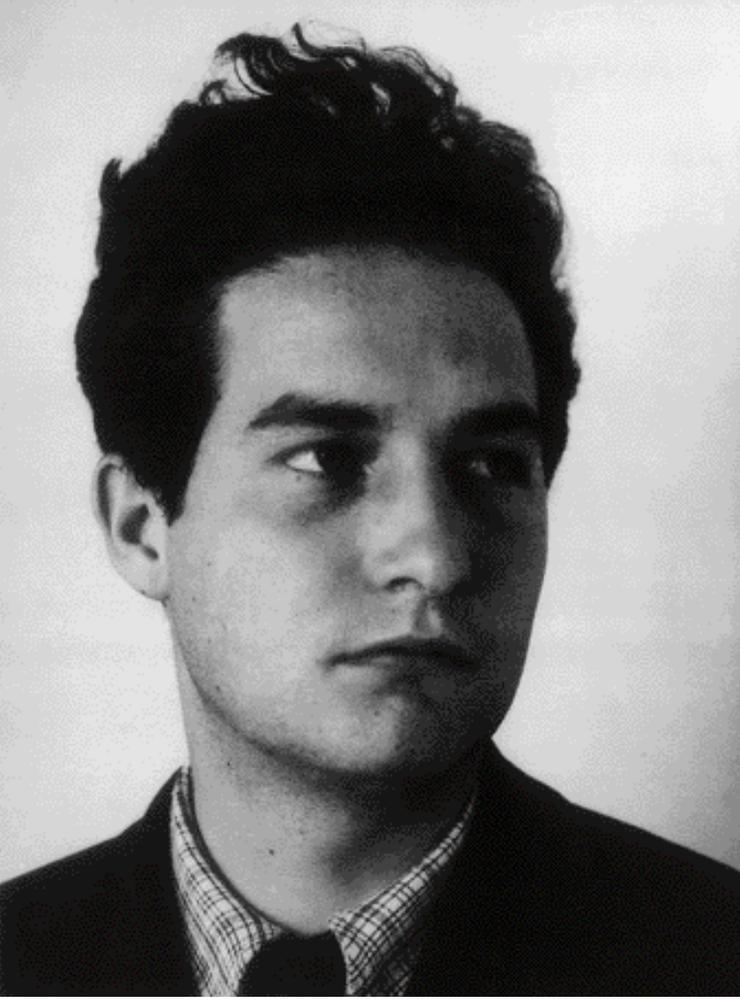
Dibujo de Octavio Paz por José Moreno Villa

tuales, indios mayas; todos consagrados bajo vuestra bandera, que es la bandera de la libertad y la cultura.

A pesar de su carácter propagandístico, Paz no se alinea del todo a la retórica comunista del momento y trata de establecer un puente entre tradición y revolución. En respuesta a las palabras de Paz el escritor cubano Juan Marinello —el mismo que retrasó la invitación de su antiguo alumno— también dirige unas palabras, “México, signo del futuro”, publicadas en *El Nacional* el 2 de octubre: “En la sangre común ha nacido una nueva conciencia. Ahora sí somos hermanos. Porque hemos comenzado a ser hombres”.

Sustituyendo a María Luisa Vera, Paz pronuncia en España otro discurso, “Raíces españolas de los mexicanos”. El texto es interesante porque establece la continuidad de la poesía española y mexicana en el contexto revolucionario:

En ausencia de la camarada encargada de desarrollar el tema “la Revolución en marcha”, quisiera, brevemente, recoger el significado de esta tarea, realizada toda bajo el signo apasionado que despierta vuestra guerra y vuestra Revolución. (...) Camaradas, vuestra cultura y vuestra sangre muestran, desde hace siglos, nuestra cultura y sangre; y esta sangre y esta cultura, ayer regadas en México tan prodigiosamente, ya crecidas entre nosotros a través de una historia amarga y henchida de angustiosas enseñanzas, son las que ahora os ofrecemos los mexicanos que estamos en España; aquéllos que luchan en el heroico Ejército Popular en los campos de la muerte y la victoria y los que convivimos con vosotros.



“A la juventud española” retoma la solidaridad entre los jóvenes de España y México. “Noticia sobre la poesía mexicana moderna” es más interesante. La conferencia comienza rechazando el reproche que se ha hecho a la poesía mexicana de carecer de “acceso nacional”.

Nacido en México, en un instante universal de España, se ha dicho, la única tradición a seguir y continuar es la del clasicismo, la del universalismo. (...) Los jóvenes pensamos que sí existe acento nacional poético, en la obra de los que nos anteceden, aun en la de aquéllos que más cuidadosamente se evadieron de la anécdota. Lo que ocurre es que ese acento nacional no es el que inútilmente buscan los enamorados de lo “mexicano”, porque lo mexicano es, justamente lo contrario del nacionalismo, es decir, lo irreconciliablemente enemigo de la mutilación y el engaño del hombre.

Después de repasar, algo desdeñosamente, la poesía de los Contemporáneos, Paz se refiere a la poesía de los jóvenes: “He hablado de Revolución. En muchos sitios se especula hoy con esa palabra. (...) Vivimos dentro del

ámbito de la Revolución porque significa una nueva creación humana, el nacimiento de un nuevo espíritu”. Al término de la Conferencia, Paz se da a la tarea de leer una muestra de la poesía mexicana, que incluye poemas de López Velarde, los Contemporáneos y, de su propia generación, trabajos de Efraín Huerta, Alberto Quintero Álvarez, Neptalí Beltrán y él mismo.

La última actividad oficial de la delegación mexicana en España es un azaroso concierto-conferencia en Madrid, programado para el 17 de septiembre. El tema central es la obra de Silvestre Revueltas, quien ejecutaría un *México en España* —que no llega a escribir—, así como su *Homenaje a García Lorca*. María Luisa Vera lee el texto de la pantomima *El renacuajo paseador* y Paz dicta una conferencia sobre el compositor. Después de muchos contratiempos por el alcoholismo de Revueltas, el acto se lleva a cabo.

Sin embargo, acaso lo más importante para Paz durante su viaje consiste en enfrentarse a la realidad de la política comunista. El antifascismo reúne entonces a numerosos grupos —a veces antagónicos— contra el franquismo. Anarquistas, sindicalistas, comunistas, socialistas, trotskistas, en medio de un azaroso Frente Popular, tienen una meta común que apenas limita sus propias querellas. Al iniciarse la insurrección, el PC posee una influencia muy limitada. Al comienzo de la guerra, las democracias occidentales y la Unión Soviética han acordado no intervenir pero, a título individual, decenas de combatientes se trasladan a España. A través de las Brigadas Internacionales y del PC español, la URSS prácticamente invade la República con consejeros, armas y milicianos. A cambio, los comunistas reclaman la dirección de la política republicana: desde mediados de 1936 se instala en España un “gobierno soviético en miniatura”. En cuya cúspide se halla el hombre de la NKVD —el órgano de espionaje soviético—, el general Alexander Orlov, quien recibe órdenes directamente de Yezhov y de Stalin, como ha escrito François Furet.

Paz es testigo de las repercusiones de la presencia soviética en España. En la primavera de 1937, poco antes del ascenso de Juan Negrín al Gobierno y de la llegada del poeta, se consuman las “jornadas de mayo” en Barcelona. Durante las cuales es sangrientamente reprimida la izquierda no comunista catalana. Y, en junio de 1937, es asesinado Andreu Nin. Ex secretario de Trotski y líder del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Éste es el ambiente político en el momento en que Paz llega a Valencia. Según Hugo Thomas, es la época en que la lucha se da, ya, entre dos contrarrevoluciones: la de Franco y la auspiciada por los comunistas. Paz recuerda:

Los censores vigilaban a los escritores pero las víctimas de la represión eran los adversarios ideológicos. Si era explorable y justificable el combate contra los agentes del ene-

migo, ¿también lo era aplicar el mismo tratamiento a los críticos y opositores de la izquierda, fuesen anarquistas, socialistas o republicanos? La desaparición de Andreu Nin, el dirigente del POUM, nos conmovió a muchos. Los cafés eran, como siempre lo han sido, lugares de chismorreos pero también fuentes de noticias frescas. En uno de ellos pudimos saber lo que no decía la prensa: un grupo de socialistas y laboristas europeos había visitado España para averiguar, sin éxito, el paradero de Nin. Para mí era imposible que Nin y su partido fuesen aliados de Franco y agentes de Hitler. Un año antes había conocido, en México, a una delegación de jóvenes del POUM; sus puntos de vista expuestos con lealtad por ellos no ganaron mi adhesión pero su actitud conquistó mi respeto. Estaba tan seguro de su inocencia, que habría puesto por ellos las manos al fuego. A pesar de la abundancia de espías e informadores, en los cafés y tabernas se contaban, entre rumores y medias palabras, historias escalofriantes acerca de la represión. Algunas eran, claramente, fantasías, pero otras eran demasiado reales, demasiado claras.

De acuerdo con Elena Garro, la aparente simpatía de Paz por Nin se ve atenuada por la precaución. Según ella, los intelectuales hablan en voz baja del POUM. En cierta ocasión, ella dice en público que en México conoció a algunos de sus miembros: “Fueron a arreglar que Trotski se fuera para allá, tengo fotos de ellos, los Farrell, Bartolomeu Costa, Sanchos, Rebul. La cuñada de Diego Rivera, Cristina, los acompañó a la estación. Allí los vimos el día que se fueron”. A lo que Paz replica: “¡Embustera! Nunca conociste a los del POUM”.

Otro episodio importante es el encuentro de Paz con José Bosch —a quien Elena Garro confunde con Juan—, en Barcelona. Bosch era un español residente en México a quien Paz debía mucha de su formación política. A principios de los treinta y guiado por él, Paz leyó profusamente a los anarquistas. Según cuenta Santí, estando todavía en la Escuela Secundaria número 3, Paz y un amigo suyo, “influidos por esas lecturas”, un buen día intentaron “sublevar a los compañeros e incitarles a declararse en huelga”.

En 1937, Paz reencuentra a su antiguo maestro en circunstancias muy distintas. La situación es descrita tanto por Paz como por Garro. Paz dice que Bosch “vivía en la clandestinidad, perseguido por los sucesos de mayo de ese año. Su suerte era la de cientos, tal vez miles, de antifascistas”. Por su parte, Elena Garro recuerda, siempre con imprecisiones: “A Paz lo invitaron a leer su poema ‘¡No pasarán!’”. Estábamos en un teatro de Barcelona, en el escenario, y Paz leía; de pronto, cambió de color y se detuvo como si hubiera visto a un fantasma. En primera fila un hombre joven, de piel rojiza, expresión angustiada y tricot muy viejo, lo miraba con una fijeza extraña. Paz recuperó el aliento y leyó el poema sin pronunciar

el nombre de Juan Bosch, ‘el camarada muerto en el ardiente amanecer del mundo’. Paz había escrito ese poema para Juan Bosch, el organizador de la huelga estudiantil más larga de México y a quien Paz le debía su iniciación en el marxismo y en la rebeldía. Escribió ese poema cuando se publicó en México que Juan Bosch, el agitador expulsado de México, había muerto en España. Salimos de prisa del teatro. ‘Es él... es él...’, tartamudeaba Paz. El ‘muerto’ nos siguió hasta el hotel Majestic, lo vi esconderse tras unas cortinas gruesas que cubrían la ventana del vestíbulo. Un camarero me hizo una seña para que fuera a mirar por la ventana y fui, mientras Paz hablaba con los delegados de una comisión. ‘¿Eres su compañera?’, me preguntó Juan Bosch en voz muy baja. Ante mi afirmación agregó: ‘Dile que me consiga un pasaporte en la embajada mexicana... Me andan cazando, cazando... Soy del POUM... no lo digas a nadie...’. Estaba tan angustiado, que me contagié su congoja. Lo miré con pena, sabía que Paz no podía conseguir nada”. Paz ha desmentido este pasaje. En realidad el poema que Paz escribió pensando en la experiencia de su amigo es la “Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón” (1937), incluido posteriormente en el apartado “Calamidades y milagros” de *Libertad bajo palabra*. Ahí están los versos: “Has muerto, camarada, / en el ardiente amanecer del mundo”.

La represión en el bando republicano es cosa de todos los días. Paz contempla los “tribunales populares” que ejercen justicia por propia mano en ejecuciones sumarias conocidas como “paseos”. A finales de 1937, el Gobierno republicano trata de restituir el orden pero “la violencia anárquica” es sustituida por “la violencia organizada del Partido Comunista y de sus agentes, casi todos infiltrados en el Servicio de Información Militar (SIM). Muchos de esos agentes eran extranjeros y todos pertenecían a la policía soviética. Entre ellos se encontraban, como después se supo, los asesinos de Nin”.

Estos hechos sacuden las convicciones de Paz. Seguro de la bondad de la causa republicana, se siente traicionado por el totalitarismo ejercido por el PC y la Unión Soviética. Sin embargo, Paz cree, como miles entonces, que los errores son desviaciones de unos cuantos y no condiciones inherentes al sistema comunista. Sólo así se entiende que, a sugerencia de María Teresa León, la esposa de Alberti, pretenda alistarse como comisario político: “Hice algunas gestiones pero la manera con que fui acogido me desanimó; me dijeron que carecía de antecedentes y, sobre todo, que me faltaba lo más importante: el aval de un partido político o de una organización revolucionaria. Era un nombre sin partido, un mero ‘simpatizante’. Alguien en una alta posición (Julio Álvarez del Vayo) me dijo con cordura: ‘Tu puedes ser más útil con una máquina de escribir que con una ametralladora’. Acepté el consejo”. Luego, como le ha contado Paz al

crítico Luis Mario Schneider, piensa en alistarse como combatiente, pero tampoco llega a hacerlo.

No obstante, a la luz de los años quizá la experiencia más enriquecedora de la visita de Paz a España sea su contacto con los escritores españoles de su generación. Como ha señalado Guillermo Sheridan, su trato más intenso es con los colaboradores de *Hora de España*: Manuel Altolaguirre, Juan Gil-Albert, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Ángel Gaos, María Zambrano, José María Quiroga y Plá y Beltrán, muchos de los cuales llegarán a México como exiliados, y se integrarán a la revista que Paz dirigirá entonces. *Taller*. En su primera etapa, *Hora de España* se publica en Valencia y, a diferencia de otras revistas revolucionarias de la época, como *Octubre* o *El Mono Azul*, no se somete al PC. Su línea editorial, conciliando el compromiso y la independencia, es la misma de Paz. Estéticamente, *Hora de España* también refleja puntos de vista que Paz comparte: un rechazo explícito a la “poesía pura” pero también, por encima de todo, un espíritu crítico.

En el Congreso, *Hora de España* presenta una “ponencia colectiva” —se ha sabido posteriormente que era obra, en esencial, de Serrano Plaja—, en la cual establece estas ideas: “Lo puro, por antihumano, no podía satisfacerlos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya simpleza no podía bastarnos”. Dice Paz:

Me unía a ellos no sólo la edad sino los gustos literarios, las lecturas comunes y nuestra situación peculiar frente a los comunistas. Oscilábamos entre una adhesión ferviente y una reserva invencible.

En aquel año, la revista dedica muchas páginas al Congreso, pero también, gracias a Paz algunas se refieren a México. El número III (marzo de 1937) reseña una conferencia de David Alfaro Siqueiros en la Universidad de Valencia. En el número VIII —y no el VII, como afirma Santí— (septiembre de 1937) se publica la “Elegía a un compañero muerto en el frente” y, en uno de sus últimos números, el XVIII (agosto de 1938), se reproducen dos poemas de Xavier Villaurrutia: “Muerte en el frío” y “Nocturna Rosa”.

Además, en la “Colección Héroe”, dirigida por Manuel Altolaguirre, aparece *Bajo tu clara sombra* y otros poemas sobre España. Este libro es una combinación extraña y variada de textos de procedencias diversas, casi una muestra antológica de la obra de su autor. El libro merece un prólogo de Altolaguirre y una entusiasta reseña de Juan Gil-Albert en el número X (noviembre de 1937) de *Hora de España*. Para corresponder al entusiasmo que los españoles sienten hacia su obra, Paz le dedica un poema a Serrano Plaja, “El Barco” y, ya en México,

publica, en julio de 1938, una antología de la poesía española moderna titulada “Voces de España. Homenaje a los poetas españoles en el segundo aniversario de su heroica lucha”, publicada por la revista *Letras de México*. En ella aparecen poemas de Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Gil-Albert, Miguel Hernández, Moreno Villa, Prados, Serrano Plaja y Aparicio. En el prólogo, Paz anota:

Que esas voces, que esa gran voz española que viene de todos los siglos, no se rompa; que no la apague la muerte ni el desorden, es el más ardiente deseo de los que ahora, con este homenaje, queremos llamar la atención de los hombres de México sobre ese destino español, nuestro, amenazado por el crimen internacional del fascismo.

En octubre de 1937 Paz y Garro vuelven a París y, a fines de año, junto con Pellicer y Revueltas, se embarcan hacia México vía La Habana, donde conocen a Juan Ramón Jiménez. Ahí, el Partido Socialista celebra a los asistentes al Congreso y publica, por cuenta propia, la “Elegía a un joven muerto en el frente” (*sic*). Por fin, en diciembre, llegan a México. Paz está decidido a defender la causa republicana. Sus proyectos son variados, como le dice a Luis Cardoza y Aragón en la entrevista que le concede junto con Pellicer. También, por paradójico que suene, colabora en algunos actos de la LEAR. Paz continúa sin afiliarse, pero asiste a una conferencia organizada por la liga sobre “Los nuevos poetas españoles y la guerra”, y también se anuncia su participación en el homenaje luctuoso por la muerte de Lenin, celebrado en el Palacio de Bellas Artes el 21 de enero de 1938.

A mediados de 1938 empieza a trabajar como redactor en el diario *El Popular*, dirigido por Vicente Lombardo Toledano. Ahí publica algunos artículos con tema español y comienza a manifestar su malestar hacia el comunismo. Pero ésta es otra historia: no la de las dudas, sino la de la disensión abierta, que se inicia entonces pero que no acabará de cuajar sino una década más tarde. Después de su estancia en España, Paz es el mismo y es otro. Su conducta aún corresponde a sus convicciones de juventud, pero ha adquirido una conciencia que lo llevará a tomar su propio rumbo. El camino de Paz no es el de una transición espectacular ni el de un cambio político radical, como se ha querido ver después, sino el de un lento aprendizaje de la libertad. En gran medida, el valor para oponerse a sus antiguas creencias se lo debe a España. En ella, Paz descubrió y desarrolló su pasión crítica. **U**

En 1996 tuve la fantástica oportunidad de que este ensayo, escrito bajo la guía de Guillermo Sheridan y hasta ahora inédito en México, fuese revisado por el propio Octavio Paz, tras largas horas de conversación sobre su relación con España, en su departamento de la Ciudad de México. Se publica aquí como un mínimo homenaje a los diez años de su muerte. Los textos de Paz fueron recopilados posteriormente por Danubio Torres Fierro en *Octavio Paz en España, 1937*, FCE, México, 2007.